

Inmigración: la situación de las mujeres turcas y magrebíes en los barrios guetos del este de Francia

Intentar comprender las situaciones que las mujeres, jóvenes y más mayores, procedentes de las migraciones turcas y magrebíes viven en Francia al inicio del siglo XXI, implica plantearse la cuestión en el campo del amplio movimiento migratorio que ha permitido la llegada, sobre el suelo francés, de numerosos extranjeros entre los años cincuenta y noventa del siglo pasado. En efecto, las condiciones políticas, económicas y sociales de la migración, determinan las modalidades de establecimiento de las familias y a consecuencia las relaciones entre los inmigrantes y la población circundante. Además, estos elementos, participando en la construcción de las representaciones y de las expectativas, modelan en parte los proyectos de la población migrante en el país de acogida.

Pero el sentido que las personas dan a su situación actual no se encuentra únicamente en los datos objetivos que han motivado su desplazamiento. El hecho migratorio por sí mismo conlleva un trastorno cultural, individual y familiar, que conduce a las personas a adaptaciones identitarias a menudo difíciles, hasta tal punto que la historia de su pertenencia al mundo de la migración frecuentemente se vive como la de esta edificación identitaria nueva.

De hecho, lo que viven las mujeres *hic et nunc* no se puede asimilar a lo que sus madres vivían en el contexto del país de origen, es decir, en un ámbito cultural parcialmente coherente, que daba sentido a las creencias y a las representaciones, y que permitía encontrar la legitimación de sus propios actos en los funcionamientos cotidianos de la sociedad. En el contexto multicultural de la inmigración, donde la legitimidad de los actos también se coteja con respecto a las pautas del mundo mayoritario, los grupos migrantes proceden a un conjunto de adaptaciones que hay que tomar en cuenta para aproximarnos al sentido que dan a su realidad cotidiana.

Además, hacer comparaciones entre «lo vivido migratorio» de las diferentes nacionalidades, de los diferentes grupos, de las diferentes familias, permite salir de las causalidades lineales que presenta la relación intercultural, unas veces como la consecuencia casi mecánica de la proximidad/distancia entre las lenguas, las religiones, las culturas en presencia; otras veces como el resultado de un funcionamiento familiar más o menos orientado hacia la aceptación de los valores y de las pautas del país de acogida, o a veces como el simple efecto de un deseo personal, es decir, como el desarrollo de una característica psicológica particular.

* *Maître de Conférences* del IUFM (Instituto Universitario de Formación de Maestros) de Besançon.

Trataremos de tomar en cuenta, en este texto, la complejidad de los vínculos entre:

- El medio social (de origen, de acogida, la escolarización, la formación profesional, los lugares de vida...) de los migrantes;

- El proyecto migratorio (de la familia, de los individuos, de los países de origen y de acogida...) y la organización de la llegada;

- Las culturas en presencia (lenguas, religiones, papeles de los padres, de los niños/as, concepciones de la educación...);

- Y el ámbito psico-familiar (las modalidades de la preagrupación, el trastorno ligado a la migración, la escolarización de los niños/as, la elecciones individuales...).

Este artículo se basa en un trabajo de campo de veinte años en los barrios periféricos de una ciudad de tamaño mediano del este de Francia (un núcleo urbano de ciento sesenta mil habitantes), y en los resultados de una encuesta, solicitada al autor en 1985 por el Ayuntamiento de dicha ciudad, sobre la situación de los grupos inmigrantes en el contexto urbano. Hablaremos prioritariamente de la amplia mayoría de las familias informantes, cuya trayectoria ha sido seguida hasta el inicio de los años 2000. Cuando extrapolemos nuestro discurso sobre las poblaciones migrantes a escala regional o nacional, indicaremos los elementos de conocimiento que parecen permitirlo.

CONTEXTOS Y PROYECTOS MIGRATORIOS

Algunos datos

Ante todo, hay que señalar tres cosas importantes:

- En primer lugar, que es muy difícil distinguir claramente lo que significa la expresión «mujeres procedentes de la inmigración». La juventud nacida en Francia, en general es francesa y, sin entrar en los complejos detalles de las leyes sucesivas que permiten, según el lugar de origen, la adquisición de la nacionalidad, podemos decir que la mayor parte de ella es estadísticamente «invisible». Lo que se puede observar a través de las categorías estadísticas, es el número de las personas de nacionalidad extranjera que viven sobre el suelo francés, y el de las «personas francesas por adquisición de la nacionalidad». Estas dos categorías constituyen el conjunto «inmigrantes». El último censo de población (1999) daba un número total de 4.308.527 inmigrantes oficiales en Francia,¹ lo que constituía el 7,4 % de la población, del cual más de un tercio era de nacionalidad francesa.

¹ Por orden de importancia, y según las cifras oficiales, los inmigrantes en Francia proceden de: Argelia (575.740), Portugal (570.243), Marruecos (521.059), Italia (380.798), España (316.544), Túnez (201.700), Turquía (175.987), Alemania (125.227), Polonia (98.566), Bélgica (93.395), Reino Unido (74.683), Vietnam (72.318), Ex-Yugoslavia (54.394), Senegal (53.859), Camboya (50.526).

En este conjunto, las mujeres representan la mitad del efectivo y viven situaciones muy diversas: pueden haber llegado hace cuarenta años o ayer, solteras o por reagrupación familiar, con o sin hijos, como demandantes de asilo o con un visado de permanencia, procedentes de ciudades muy occidentalizadas o de medios rurales muy tradicionales, escolarizadas o no, hablando perfectamente francés o sin conocer una palabra, y con una multitud de proyectos iniciales diversos que han podido, pueden, podrán o podrían cambiar a lo largo del difícil camino de las inclusiones y de los rechazos que marcan los encuentros interculturales.

Además, eso no tiene en cuenta el conjunto generalmente llamado «segunda generación», que incluye la descendencia (hijos/as, nietos/as y ahora bisnietos/as) de los migrantes de los años cincuenta, y que la ley del 6 de enero de 1978 (que niega la posibilidad de grabar informaciones sobre las personas respecto a su «origen étnico» o a sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas) legítimamente impide conocer. Estadísticamente. No obstante, según los cálculos comúnmente aceptados, más de un tercio de la población francesa total procedería de la migración a lo largo de tres generaciones.

– En segundo lugar, que el término «cultura» no tendría sentido si fuera privado de su dimensión dinámica. Hoy en día, la casi totalidad de los grupos humanos viven intercambios interculturales más o menos permanentes, pero la evolución de cada uno de ellos depende mucho de las condiciones en las que se produce el encuentro. Los procesos de cambio son complejos y no se pueden entender sin ser vistos a la luz de los vínculos entre la lógica propia de la cultura mayoritaria, las lógicas propias de las culturas que entran en contacto con ella, y la acción singular de los individuos y de los grupos portadores de estas culturas... fuera de las cuales no existen. Hace muchos años que, en el país de origen de la mayor parte de los migrantes, los modos de vida occidentales se introdujeron, de manera más o menos violenta, en las pautas tradicionales y generaron modificaciones a veces radicales. Por consiguiente, la llegada a Francia de estas poblaciones no supuso un primer contacto con los modelos occidentales. Al contrario, frecuentemente es este parcial conocimiento previo lo que ha permitido la edificación de los sistemas de representaciones complejos que han dado sentido a las expectativas ligadas a la migración. Pero a diferencia de lo que pasa en su país de origen, los migrantes siempre están en una posición de minoría y las relaciones interculturales que se establecen con las poblaciones autóctonas no se pueden analizar fuera de la conciencia permanente de esta desigualdad. Cuando las representaciones edificadas en el país de origen chocan con la realidad que se vive en el país de acogida, pueden desarrollarse todos los grados posibles de recelo, de rechazo y de esperanza. Los fenómenos de aculturación, en el sentido de intercambios entre culturas, deben ser entendidos en este contexto.

– Y, en tercer lugar, que la descendencia de los migrantes siempre edifica su identidad propia teniendo en cuenta el conflicto que opone, de manera más o menos radical, la cultura de sus padres a la que, desde su tierna infancia, encuen-

tra en la escuela del país de acogida. Muchas personas en esta situación, desarrollan una identidad de «ajuste» que les permita integrar, en una coherencia suficiente, los elementos esenciales de su doble pertenencia cultural. Pero en los barrios guetos donde viven, frecuentemente la descendencia nacida en el contexto migratorio arabo-musulmán, tiene relaciones difíciles con la sociedad circundante (con su escuela, con el mundo profesional y de manera general con las instituciones), que les lleva a rechazar, a veces violentamente, las pautas mayoritarias y a afirmar su pertenencia unívoca al universo cultural de origen de sus padres. Eso se traduce muy a menudo en la aceptación de la estructura patriarcal de la familia, la elección de la religión de los padres, la reivindicación de su nacionalidad y, sobre todo, en la lealtad sin fisura al proyecto familiar de regreso «al país». Sin embargo, expulsar fuera de sí una parte de su propia identidad cultural, la de su arraigo francés, no se hace sin dificultades, sin consecuencias psicológicas, y el sufrimiento que la juventud experimenta en este momento unívoco, conduce a una parte de ella a aceptar, sin matiz, las pautas de la sociedad mayoritaria, arrojando sus raíces familiares. Hasta el próximo cambio radical. Estos «columpios» entre compromisos opuestos representan una característica frecuente de las dificultades que encuentra la descendencia de los migrantes turcos y magrebíes que viven en la pobreza y la segregación social que caracterizan los barrios guetos.

Una «doble no integración»

Hay que añadir que, en los casos donde estos saltos culturales no produjeron finalmente modalidades de ajuste, la juventud, a veces, se encarceló en un doble rechazo cultural. En esta postura, la pertenencia a un conjunto social, únicamente resulta posible dentro de pequeños grupos de iguales que viven la misma situación y que desarrollan una «actitud de combate» contra el resto del mundo. El rechazo de todos, los comportamientos delincuentes, el encarcelarse en modalidades de pensamiento estrechas y estereotipadas, y sobre todo el sufrimiento siempre presente, que les conduce a buscar situaciones de riesgo vital (drogadicción, juegos peligrosos para la vida, agresiones de todo tipo, incluso contra su propia familia...), hacen de estos grupos el blanco de los odios colectivos y la justificación social de los prejuicios frente al conjunto de los inmigrantes árabo-musulmanes.

MUJERES EN LOS BARRIOS GUETOS

Madres

A escala nacional, una parte de las familias procedentes de las migraciones turcas y magrebíes que viven en Francia hoy día hallan, en la compleja alqui-

mia de la migración, los medios de transplantarse, momentáneamente o definitivamente, de manera valorizada. Sin embargo podemos afirmar que el número de las que encuentran dificultades más o menos graves es suficientemente importante como para que este asunto sea presentado como un objeto de la política nacional. Hoy, el gobierno francés produce una ley contra los signos religiosos en la escuela que el público llama «ley contra el pañuelo», numerosas mujeres desfilan en las ciudades para aullar que no son «Ni putas ni sometidas» y, apoyando su proyecto de sociedad en el «odio racial», la extrema derecha designa a esta población como responsable de todos los problemas: sociales, económicos y políticos. Los prejuicios para con ella, indudablemente, están muy presentes en la Francia del 2005.

La organización patriarcal no se puede definir únicamente a través de la sumisión de las mujeres. También se presenta como elemento de una cultura que propone un conjunto de valores y de actitudes que marcan la frontera entre «el bien» y «el mal». Los miembros de una comunidad, de manera personalizada, interiorizan el modelo cultural que a la vez se propone como legitimación de las representaciones y sirve como guía de comportamiento. El término propio de «interiorización» supone la presencia de una persona que, a través de su singular encuentro del mundo, construye entre las coacciones múltiples que la obligan y las elecciones posibles, su propio camino, su propia coherencia. La experiencia, dice en esencia Jean Piaget, no es lo que ocurre sino lo que hacemos con lo que ocurre. A consecuencia, frente a situaciones cuyos elementos constitutivos parecen muy próximos, el abanico de las actitudes individuales reales continúa estando muy abierto. Especialmente en las situaciones de encuentro intercultural, por el hecho de que las elecciones posibles no únicamente se refieren a un «bien» y un «mal» marcados por las prescripciones de una coherencia cultural única. Además la inmigración, al suponer el encuentro entre una cultura minoritaria y una cultura dominante, la atracción del modelo mayoritario abre puertas menos accesibles en medio monocultural. Numerosos hombres que vivieron solos en Francia antes de la reagrupación familiar, perciben, por el hecho de su experiencia personal, las riquezas y los peligros de esta proximidad. Respecto al sitio de las mujeres, sus elecciones entre el modelo patriarcal tradicional y la forma occidental actual, dependen íntimamente de su experiencia personal, del peso de la comunidad presente y de la actitud de las propias mujeres, como vamos a comprobar.

Hay que destacar que a escala nacional, muchos hombres, inmigrantes norteafricanos, hoy aceptan dar a sus hijas una educación que favorezca la edificación de una identidad de ajuste entre las dos culturas. Y que en el encuentro del modelo occidental, las mujeres que llegaron con los movimientos de reagrupación familiar han producido todos los grados de reforzamiento o de rechazo del modelo patriarcal, y todos los grados de aceptación o de represión enfrente al deseo de emancipación de sus hijas. Vamos a centrar nuestra atención sobre la

situación de las mujeres en los barrios periféricos de nuestro núcleo urbano del este de Francia, para intentar comprender los procesos que justifican estas elecciones.

En las familias que hemos seguido, la situación actual de las mujeres frecuentemente sigue siendo difícil.

– Las mujeres turcas, casi siempre, describen su llegada a Francia como una pesadilla. Para ellas fue el paso de una vida de relaciones, hecha de responsabilidades familiares y sociales, hacia un encarcelamiento más o menos completo. En el país de origen, es decir, en un ámbito rural o semirural, participaban en los trabajos del campo, tenían la posibilidad de visitar a sus vecinas todos los días, eran las amas del hogar familiar y, en este dominio, tenían una función social reconocida. Madres de una descendencia numerosa, también aseguraban la perennidad y el desarrollo de la comunidad transmisora de la cultura. Su llegada a Francia aparece como un gran trastorno. El aislamiento de las familias, ligado a las oposiciones múltiples (políticas, religiosas, étnica...) entre los grupos turcos migrantes, hace que las mujeres, saliendo de su medio de vida inicial, pierdan simultáneamente su trabajo y los contactos sociales que conllevaba, sus amistades y la mayor parte de su familia, su autoridad sobre el hogar y, al final, su papel de transmisora cultural que los hijos e hijas rechazan al entrar en contacto con la sociedad occidental.

Si la estructura patriarcal de la familia siempre representa para las mujeres una organización que impone la sumisión a la voluntad masculina, en el contexto migratorio, privada de sus justificaciones tradicionales y procesos colectivos, se convierte para ellas en una cárcel. La ausencia de conocimiento de la lengua local impide toda actividad social fuera de la presencia de un intérprete. Las relaciones con la escuela, siendo difíciles, hacen que las mujeres, de hecho, tengan que abandonar la educación infantil a extranjeros sin poderla controlar ni modificar. Las invitaciones de los trabajadoras/es sociales, a cursos de francés o actividades asociativas, frecuentemente son limitadas por el marido que, fuera de la seguridad del control colectivo de la comunidad, verifica personalmente la ausencia de hombres en las reuniones. Las relaciones con la parte de la familia extensa que ha migrado las confina en un universo doméstico muy estrecho donde ir a comprar se vuelve uno de los únicos momentos de contacto con un mundo social abierto. Pero con el que no se pueden comunicar. La escasez de estos contactos con la población local, de hecho, hace que el aprendizaje de la lengua sea muy improbable, lo que acentúa a la vez el aislamiento, el desconocimiento del mundo circundante, el temor del encuentro y, al final, el deseo de regresar al país de origen. Entonces la vida anterior, a pesar del peso del modelo patriarcal, se convierte en objeto casi mítico y los impedimentos al regreso se vuelven insoportables.

– Respecto a lo anterior, la situación relacional de las mujeres magrebíes que hemos seguido parece menos difícil.

En el pequeño barrio gueto donde una parte de las familias, reagrupadas a finales de los años sesenta, fue a habitar, las mujeres, dentro de un grupo de veinticinco familias casi todas emparentadas, continuaron viviendo una situación relacional rica y muy próxima a las pautas del país de origen. A despecho de la rareza de sus contactos con la población del país de acogida, progresivamente comprendieron la lengua francesa (que los jóvenes hablan entre ellos –con el acento típico de la región–) pero sin hablarla sino de manera muy aproximativa.

Aunque los testimonios de estas mujeres sean unánimemente positivos a propósito de su vida social dentro de la pequeña comunidad del barrio, continúan siendo muy dolorosos con respecto a las consecuencias de este confinamiento sobre la vida infantil de su descendencia. Para ellas, efectivamente, salidas de un mundo familiar casi monocultural a la edad de seis años, el choque con la escuela fue tan fuerte que una parte de su juventud se balanceó mucho tiempo entre las dos culturas.

Ahora adulta, una parte de esta juventud tienen una conciencia clara de los elementos que durante su infancia y adolescencia chocaron, de las dobles coacciones contradictorias que se les ofrecían, de las «trampas en las cuales cayeron», y de las consecuencias sobre su vida actual de ese columpiarse en el pasado. Ahora saben perfectamente que una parte muy amplia de su descendencia, es decir, las nietas y los nietos de los migrantes de los años cincuenta que continúan viviendo en los barrios periféricos pobres de la ciudad, encuentra graves dificultades. Pero a pesar de su inquietud y de su deseo de ayudarla a salir de su infortunio, se dicen privadas de la autoridad que permitiría hacerlo. De hecho, los y las jóvenes viven situaciones muy próximas de las que ellas mismas conocieron en su infancia:

- un arraigo fuerte en la cultura mayoritaria... y el fracaso de su integración valorizada en la sociedad;

- un deseo fuerte de afirmar sus raíces familiares y su lealtad al proyecto (muy a menudo mítico) de regreso al país de origen de los padres... y el fracaso de sus intentos de pertenecer a este mundo.

Chicas

El amor de la madre

Al hablar con las chicas jóvenes de los barrios guetos, lo que llama la atención, es el discurso frecuentemente doloroso a propósito de sus relaciones con la madre. En el ámbito familiar, es ella quien transmite la cultura y quien, de hecho, en la vida cotidiana, debe reproducir el modelo de organización patriarcal. Eso no solamente en lo que concierne a la repartición de las cargas familiares entre chicas y chicos, sino en la imposición de las prohibiciones que castigan

especialmente a las mozas. En las familias y los grupos que mantienen una proximidad fuerte con las pautas tradicionales, el «honor» de los hombres se apoya en la sumisión de las mujeres, lo que se traduce, entre otras cosas, en una vigilancia rigurosa de la sexualidad de las chicas. Este control se extiende a numerosas actividades que pueden, o podrían, evocarla: reír, cantar, escuchar música o bailar danzas de moda, echarse boca abajo delante la televisión, etc... Pero dentro del hogar, es la madre quien tiene la carga de imponerlo y quien puede hacerlo con una solidaridad que se expresa tanto con la chica, tanto con el padre, el cual no interviene cuando «todo funciona bien», es decir, cuando la madre ocupa enteramente su rol de transmisora de la cultura patriarcal. De hecho, la relación de la chica con su madre frecuentemente es ambivalente, como si una parte muy importante del papel masculino estuviera ocupado por ella. Los discursos de las chicas a propósito de ello se pueden distribuir entre dos ejes extremos: uno que presenta a la madre como el ayudante de la chica en las transgresiones que se pueden cometer fuera de la presencia del padre o de los hermanos, y el otro como un auxiliar intransigente del padre, del mismo modo que cualquier hombre de la comunidad. Entre estos ejes, las representaciones de las chicas pueden ser matizadas, pero la ambivalencia del sentimiento de amor con respecto a la madre está frecuentemente muy marcado.

De hecho, a propósito del amor maternal, numerosas chicas expresan un sufrimiento muy presente. En muchas familias, desde la más tierna infancia, la niña percibe de manera clara que el niño tiene, respecto a ella, un sitio privilegiado. Aquí, la elección solidaria de la madre se expresa a través de su manera de manifestar su amor a su descendencia. Cuando su orientación es la del «honor familiar», la niña lo percibe en numerosos acontecimientos de la vida. Las diferencias se marcan, por ejemplo, en la importancia dada a los cumpleaños, a los resultados escolares, y más generalmente, al interés respectivo que la madre manifiesta a la persona de sus niños y niñas.

No se trata aquí de juzgar una organización patrilocal ancestral donde los hijos tienen la carga de sus viejos padres, lo que les sitúa en una posición privilegiada, sino de intentar comprender la posición de las chicas en este mundo de la migración. En los grupos que encontramos en los barrios de exilio,² las relaciones madre/hija son presentadas por estas últimas, en una amplia mayoría de los casos, por lo menos como ambiguas. Algo que, por otra parte, confirman las entrevistas que hacemos con chicas procedentes de otros núcleos urbanos, especialmente cuando las madres llegaron a Francia recientemente.

Además, para las chicas, las dificultades no se encuentran únicamente en las relaciones con la madre. También los contactos con el padre, los hombres próximos a la familia, las hermanas mayores, los hermanos, los chicos del barrio, permanecen difíciles y, con estos últimos, a veces peligrosos.

2 Dubet François, Lapeyronnie Didier, *Les quartiers d'exil*. Paris, Seuil, 1992.

Las relaciones con el padre y los hombres próximos

Se puede decir que durante la infancia, la situación de la niña en la familia tradicional migrante, tiene características que marcan las diferencias entre los estatus y funciones de género. Para ella, desde la edad de nueve o diez años, el aprendizaje del rol de mujer implica participar en las faenas domésticas, estar a disposición de los parientes varones –incluso sus hermanos menores– para preparar su comida, hacer el servicio en el cuarto de estar... y comer en la cocina con las mujeres. Pero es con la llegada de la pubertad cuando las prescripciones hallan su entera significación. De hecho, la dimensión sexual a partir de ahí se expresa a través del amplio conjunto de prohibiciones que castigan a la chica. Los adultos no ignoran que un objetivo a largo plazo de estas coacciones es el de educar a la futura mujer para la sumisión con respecto al marido. Pero cotidianamente, dentro de la familia, el proceso de coacción utiliza las relaciones entre las mozas y los hombres presentes (padre, hermanos, primos, tíos, abuelo) para imponerse. Para la chica, muy a menudo, el sentido de la prohibición de los contactos físicos con los hombres próximos, permanece turbio durante mucho tiempo. El desconocimiento del placer sexual oculta parcialmente las finalidades educativas y pone en primer lugar el sentimiento confuso de que las prescripciones que sufre se explican por la necesaria protección de los hombres contra el asco generado por las modificaciones de su propio cuerpo. Frecuentemente, los testimonios de las chicas, echan luz sobre un sufrimiento muy presente ligado a la ausencia de dulzura del padre (máxime cuando existía durante la primera infancia): prohibición del beso, de todos los gestos de cariño, prohibición de aproximarse al espacio íntimo, de expresar con palabras el amor filial, de sostener la mirada del padre y de manera general, de tener un comportamiento que podría evocar una relación de intercambio diferente a la del mando y de la obediencia. El sentimiento de ser responsable de la distante actitud del padre, (cuando las percepciones familiares negativas de las transformaciones pubertarias, corporales y psicológicas, se expresan en un ancho abanico de prohibiciones cotidianas), se vuelve culpabilidad. Ya hemos hablado de la prohibición de las actividades que expresan un placer: reír, cantar, bailar... pero hay que añadir todos los comportamientos que incluyen una afirmación de la personalidad: vestirse a su gusto, contestar o charlar con vehemencia, tener y discutir ideas políticas, dar su opinión a propósito del proyecto familiar, y con mayor razón, respecto a su propio futuro, (orientación escolar, elección de un marido o de un futuro lugar de vida...).

En estas situaciones, el tránsito de la infancia a la pubertad es vivido por la chica como un momento de clausura de su personalidad y de satanización de su cuerpo que debe ser ocultado, negado, a fin de proteger a los hombres contra el riesgo de mancha ligado a la aparición de su feminidad.

Las relaciones con la amigas de la escuela

Esta imagen de la chica, por supuesto, se opone de forma radical a la de la mocita francesa, «la Lolita»,³ que se expone cada semana en las portadas de revistas/magazines destinadas a la juventud, y en una multitud de emisiones televisivas que son el tema central de los intercambios sociales entre numerosas chicas en el universo escolar. Para medir la amplitud de la oposición entre estas imágenes, hay que tener en cuenta que, en los barrios guetos, frecuentemente la moza procedente de la inmigración árabo-musulmana, debe vestirse con la ropa tradicional que cubre todo el cuerpo ocultando sus formas. A la inversa, numerosas chicas francesas utilizan el lugar social del patio de la escuela para rivalizar en conformidad con los estándares mediáticos promovidos por las Lolitas televisivas. Desde el comienzo de la primavera, una parte de los patios se pueblan de chicas de doce o trece años que van cogidas del brazo, canturrean canciones de moda, se ríen ruidosamente de todo, de vez en cuando dan chillidos de alegría armoniosamente por razones misteriosas, y que se visten con una camiseta cortita, con una minifaldita y con unos inestables zapatos de tacón. Ahora, numerosos colegios inscriben en su reglamento interior la obligación de venir a la escuela «con un traje decente».

Algunas chicas descendientes de las migraciones magrebíes consiguen cumplir, con una actitud casi esquizofrénica, con las modas indumentarias de cada mundo. Pero estos trajes también suponen una forma específica del cuerpo. Pues, en primer lugar, es hacia el cuerpo maternal que las chicas se orientan para encontrar las imágenes identificatorias que les permiten proyectarse en su futuro cuerpo de mujer. Es decir, un cuerpo redondo, el de una madre fértil que valoriza la anchura de las caderas y el tamaño del pecho. Además, esta forma no sólo es promocionada por la familia sino por el conjunto de la comunidad.

A la inversa, el cuerpo de las amigas de la escuela quiere parecerse, dentro de lo posible, al que muestran los magazines, es decir, exactamente lo contrario. Por supuesto, una tan radical oposición no permite el paso, de la noche a la mañana, de una modalidad a otra. Sin embargo, en este momento de edificación identitaria, la diversidad de los modelos posibles es un soporte para el juego de «prueba/error» a través del cual se construye la personalidad adulta. Pero estas imágenes deben ser suficientemente coherentes entre ellas para favorecer el tránsito de un modelo al otro. Aquí no es el caso y los saltos culturales entre las dos formas se viven de manera a menudo radical. En los casos graves, pueden conducir hasta peligrosas modalidades de alimentación, bulimia/anorexia, que aparecen alternativamente para compensar los efectos sobre el cuerpo del compromiso anterior y expresar la elección actual.

Los discursos sobre la seducción, (la cual moviliza una gran parte de las actividades adolescentes y permite a las chicas y a los chicos entrar en el juego so-

3 Del nombre de la heroína de la novela de Vladímir Nabokov: *Lolita*.

cial midiendo las consecuencias de sus comportamientos sobre su integración en las pautas de los diferentes grupos), abiertamente reflejan la orientación actual de sus autoras. Las opiniones sobre los chicos, belleza/fealdad, elecciones indumentarias, posturas corporales, formas de hablar (acento, vocabulario, sintaxis), referencias musicales, discursos sobre la religión, el honor, y de manera general sobre sus comportamientos de acercamiento, de interpelación, de seducción, son marcadores fiables de la modalidad actual de coherencia (búsqueda/ajuste/columpio) de las chicas. Estos discursos son elementos importantes para entrar con ellas, cuando es necesario, en una relación de ayuda o de terapia.

Relaciones entre hermanas

Según el proyecto familiar, la situación de la hermana mayor puede ser más o menos difícil. Para las chicas nacidas en el país de origen y llegadas a Francia en el movimiento de la reagrupación familiar, el papel de ayudante de la madre es considerado como natural. Cuando la migración de los padres es reciente, el proyecto de regreso al país de origen frecuentemente permanece muy presente. El peso de la comunidad, cuando existe, se ejerce tanto sobre los padres como sobre su descendencia y las chicas deben mostrar públicamente actitudes de entera aceptación de las elecciones de la familia. El ejemplo que las mozas dan de su más o menos gran conformidad, funciona como modelo para establecer las reglas educativas destinadas a las hermanas menores. Entre las hijas mayores, por supuesto, se encuentran todos los grados de aceptación/rechazo de las pautas familiares y, como reacción, todos los comportamientos posibles de los padres.

A veces, ellos toman en cuenta el deseo de la chica de orientarse hacia una identidad de ajuste e intentan favorecer, con flexibilidad, contactos positivos con la sociedad de acogida.

En numerosos casos, las oposiciones de la chica se traducen en el cierre de los intercambios familiares y la imposición de una actitud de sumisión. Los papeles posibles de la madre, descritos anteriormente, entonces resultan determinantes en el juego de las transacciones que organizan la vida cotidiana. Llamadas a reemplazar a la madre para con los niños/as menores, las chicas mayores son percibidas por sus hermanas ya como suplentes de los padres, ya como ayudantes de las pequeñas en sus tentativas de escaparse de la influencia familiar. Aquí también se encuentran todos los escenarios posibles, incluso la utilización de la hermana mayor para garantizar una transición dulce entre las exigencias ligadas al mito de regreso y la toma en cuenta de la improbabilidad de su realización.

Sin embargo la mayoría de ellas vive una situación muy difícil. Son conscientes del hecho de que sus reacciones frente a las prescripciones de los padres, servirán de experiencia para edificar el modelo educativo destina-

do a sus hermanas menores. La cuestión del matrimonio en este sentido es ejemplar.

Matrimonio y sexualidad

La autoridad sobre el casamiento de las chicas continúa siendo un elemento importante de la organización patriarcal.⁴ A través de él se puede leer la posición de la familia respecto al proyecto de asentamiento y, a consecuencia, el grado de intercambios interculturales esperados. Entre las familias de origen árabo-musulmanes, todavía frecuentemente, las prohibiciones de casamiento castigan, por una parte, a los hombres que pertenecen al mismo conjunto religioso, pero procedentes de grupos considerados como enemigos. Por ejemplo para los Kurdos los Turcos, por razones evidentes, para los Turcos los Magrebíes, por causa de «distancia cultural insuperable», y para los Argelinos los Marroquíes, por causa de guerra pasada. Además, siendo la posición económica de estas familias en Francia a menudo débil, el casamiento con un hombre migrante que vive en Francia se hace en el mismo mundo económico, es decir, casi sin esperanza de salir de la pobreza

Por otra parte, según el nivel de apertura cultural, los representantes del país de acogida son más o menos aceptados. Su presencia en la familia puede ser vista como una suerte o, al contrario, como una mancha indeleble. La rareza relativa de los «matrimonios mixtos» (chica procedente de la migración/chico francés), indica claramente la tendencia general actual.

En cambio las justificaciones del casamiento de las chicas con un hombre del país de origen son fuertes.

Para los padres, es la posibilidad de realizar una unión con una familia valorizada. La riqueza relativa de la familia respecto al nivel de vida del país de origen, y la posible naturalización francesa del marido que el matrimonio arrastra, pueden conducirlos a esperar una unión mucho más favorable. Además, esta modalidad de casamiento da la posibilidad de mantener a la familia en el ámbito cultural original y, desarrollando el tamaño de la parentela, refuerza las expectativas de cumplir el proyecto de regreso. Salir de su condición social es un objetivo legítimo de los padres cuya migración era un primer paso en esta dirección. Lograr el casamiento de sus hijas, lo que supone vincularse con un mundo más favorecido, es un paso suplementario. En este sentido, las chicas son una parte del patrimonio familiar que los padres no pueden dilapidar de forma inconsecuente.

Pero la dificultad para ellos, en la mayoría de los casos, viene de la negativa de la chica. En primer lugar, porque la perspectiva de vivir la mayor parte de su vida en el país de origen de los padres no encanta a las mozas nacidas en Francia o que han migrado en su infancia. En segundo lugar porque, frecuente-

4 70.000 matrimonios forzados según el *Informe del Alto Consejo a la Integración 2003*.

mente, los hombres magrebíes ricos han edificado su fortuna después de la salida de los franceses (es decir desde los años sesenta y setenta) y son bastante viejos. En tercer lugar, porque su riqueza, a veces, les ha permitido ser polígamos y las chicas saben perfectamente lo que sería su porvenir en una familia de tradición patriarcal... Y en fin porque estos modos de casamiento se oponen de forma radical a la concepción del amor occidental que la moza ha encontrado en el grupo cultural mayoritario desde su infancia.

De hecho, en los discursos de las mujeres que viven, o han vivido, esta situación, siempre se encuentran las mismas cosas. Cuando llegaron a una familia presentada como «occidentalizada» o «adelantada» (es decir, frecuentemente, que vive en una ciudad grande europeizada), la evolución local de las pautas de vida permitió una adaptación flexible de la joven a su nueva situación.

Al contrario, cuando viven o han vivido en una familia más tradicional, la vida cotidiana y las relaciones intra-familiares, en una amplia mayoría de los casos, es presentada como difícil. Llegada a la familia del marido, la moza rápidamente se queda embarazada y está integrada en el conjunto de las mujeres. Pero como nuera en la propia casa de su suegra, es decir, a veces como una extranjera a la familia que debe estar al servicio de todos. La llegada de varios niños cambia un poco las relaciones con los parientes del marido, pero la vida cotidiana se parece mucho a la que la chica ha conocido en su familia tradicional de origen. Prohibiciones múltiples, aceptación incondicional del poder masculino, prohibición de las salidas etc... Además, cuando la cuestión de la sexualidad sale a la luz, casi siempre es para describirla como si fuera una carga natural del papel de mujer o, por decirlo de otra manera, como un favor, entre otros, legítimamente debido al marido. El deseo, el placer femenino, no pueden ser evocados en la pareja: la sumisión de la mujer continúa siendo la regla.

Para salir de esta sumisión el divorcio parece ser la única solución. Pero todo se opone a este desenlace: el marido que, a veces, confisca el pasaporte y puede utilizar la violencia *con plena legitimidad*, la familia del marido, y de hecho la propia mujer que así perderá a sus hijos/as. En el caso de las «francesas de origen magrebí» (sometidas a la ley del país de origen cuando viven allá), Francia reconoce los juicios de los tribunales de estos países que dan la guarda y custodia de la infancia al padre, sin ninguna posibilidad de recurso ante los tribunales franceses. Además, en la mayoría de los casos, la mujer será expulsada de su propia familia.

Para obviar todo eso, lo mejor parece denegar el matrimonio forzado. Pero las posibilidades de escapar a este peligro, cuando los padres están decididos a imponerlo, son escasas. Y los medios no son numerosos.

La negativa.

Frente a la enérgica negativa de la moza, a veces los parientes ceden. Especialmente en las familias procedentes de las migraciones magrebíes antiguas.

Aquí la negativa de las hermanas mayores, o el sufrimiento que conocen en el país de origen, sirven de experiencia para los padres. Al contrario, las familias turcas llegadas a Francia más recientemente, con frecuencia continúan imponiendo a una parte de sus hijas esta forma de matrimonio. Los profesores de los institutos conocen numerosas situaciones donde las chicas, a partir de la edad de trece años, entran en un rechazo escolar progresivo que se explica por la certeza de que serán casadas, de grado o por la fuerza, dentro de los años siguientes. La importancia del esfuerzo escolar a largo plazo entonces se mide con la inminencia de la coacción impuesta por los padres. Hay que añadir que estas mozas, a partir de la aparición de la pubertad, no pueden participar, en la escuela, en ninguna actividad que implique un trabajo corporal (gimnasia, natación, teatro), o que lleven al alumnado fuera de la muralla del colegio. En estas situaciones, el sufrimiento de las chicas es patente, y su pendular emocional entre las coacciones contrarias puede seguirse a través de sus relaciones con la escuela.

La acción de los profesores, de las mediadoras y de las trabajadoras/es sociales con la familia, a veces permite evitar el casamiento. Pero en estos casos, después de la edad de la escolaridad obligatoria, la chica se queda confinada en el piso familiar sin tener los contactos sociales que le permitirían encontrar un marido potencial. Progresivamente, se vuelve en sirvienta del hogar y, entendiendo perfectamente que su porvenir no puede ser otro que el de solterona recluida, casi siempre acaba por aceptar la coacción de los padres.

La escuela.

Durante mucho tiempo, se pensó que la situación de las chicas procedentes de las migraciones magrebíes en la escuela francesa era, a escala global, positiva. A falta de investigaciones nacionales, por el hecho de la imposibilidad legal de conocer el «origen étnico» del alumnado, cada uno a partir de estudios locales y de su experiencia propia en la escuela, intentaba producir un discurso que pudiera ser válido a escala nacional.

Por ejemplo, se decía corrientemente que la integración escolar de las chicas era mejor que la de los chicos del mismo origen sociocultural. Sin duda, el comportamiento generalmente considerado como más tranquilo de las chicas en las aulas, y el éxito brillante de algunas, influyeron en las posiciones de los observadores. Explicaban que las chicas están en una posición de menor visibilidad que los chavales, cuyo comportamiento frente a las instituciones podía estar considerado como una expresión pública de las elecciones culturales familiares. De hecho, en los grupos que desarrollan una concepción tradicional de la estructura familiar, la posición del chico hace que sus actitudes en el mundo de acogida sean más relevantes que las de las muchachas recluidas en el hogar. Frente al grupo migrante, especialmente a sus iguales, el éxito escolar del chaval puede ser interpretado como una aceptación de las pautas francesas y un

rechazo de las orientaciones colectivas tradicionales. Esta focalización de las miradas sobre el comportamiento social de los chicos parecía permitir a las chicas, parcialmente protegidas contra la mirada colectiva, un encuentro más flexible con la escuela. Finalmente, se esperaba que la adquisición de una «doble cultura» por una parte de las mozas, fuera un elemento importante de evolución hacia un encuentro intercultural apaciguado de las generaciones futuras con la sociedad de acogida.

De hecho, este movimiento se puede observar en numerosos barrios periféricos. Ahí, unas mujeres hacen un trabajo de relevo y de mediación entre las familias, los grupos y las instituciones, que es uno de los elementos más importantes para desarrollar las relaciones sociales interculturales. Volveremos sobre este punto para concluir.

Pero la actividad de estas mujeres, por muy importante que sea, no puede poner en duda los resultados de la encuesta de Michele Tribalat:⁵ las chicas de orígenes magrebíes, globalmente, viven situaciones difíciles en la escuela francesa. Por ejemplo, con medios sociales idénticos tienen menores resultados escolares que las chicas de origen francés. Cuando se tiene en cuenta que, en Francia, el trayecto escolar, estadísticamente, está en correlación directa con el medio social y que una aplastante mayoría de las familias de estas chicas pertenecen a los grupos desfavorecidos, se puede medir la amplitud del problema. Además, cuando conocen un fracaso escolar, su porvenir es más desfavorable que el de sus iguales francesas: es decir que la coacción de los padres para casarlas podrá ejercerse sin obstáculo.

Aunque se puede afirmar que para salir del peligro del matrimonio forzado la escuela es una esperanza, hay que añadir que, en la realidad francesa actual, es una esperanza estrecha y que depende mucho de la clase social de pertenencia de la familia.

La virginidad.

Hemos dicho que la cuestión de la sexualidad de las chicas continúa siendo central en la mayoría de las familias procedentes de las migraciones árabo-musulmanas que viven en los barrios de exilio. Hablando de la virginidad, Chahla Chafiq recuerda que «En algunos casos extremos, asistimos a crímenes cuyo motivo es la “defensa del honor de la familia”», y que las personas que los han cometido “no atravesaban un momento de locura”». ⁶ Es decir que, aquí, la lógica de la familia tradicional continúa imponiendo su concepción patriarcal de la sexualidad de las mujeres y que la pérdida de la virginidad hace a la chica menos «casable». Pero elegir este modo de negativa del matrimonio forzado es

⁵ Michele Tribalat, *Faire France*, Paris, La Decouverte, 1995.

⁶ Chahla Chafiq, «Les difficultés spécifiques aux jeunes filles issues de l’immigration maghrébine», en *Les femmes de l’immigration au quotidien*, sous la direction de Nadia Bentchicou, p. 39, L’Harmattan, Paris, 1997.

muy peligroso. Manchar el honor familiar significa correr riesgos físicos y de todas formas perder el amor, la solidaridad y la protección de la comunidad. Raras son las chicas que aceptan pagar tal precio.

La virginidad permanece tan importante en los grupos tradicionales que cuando las chicas ganan un poco de libertad para salir, y tienen una sexualidad secreta, frecuentemente confían en que sus prácticas sexuales incluyan la preservación, cueste lo que cueste, de su «pureza». En caso de desfloración, conocen a algunos médicos que aceptan reconstruirles el himen.

Relaciones con los hermanos y chicos del barrio

La situación de las chicas en los barrios guetos se vuelve a veces dramática. El envejecimiento de los padres y su creciente dificultad para imponer el modelo educativo tradicional, llevan a los chicos a arrogarse una parte de sus prerrogativas, especialmente en lo que concierne al control de las chicas. Aunque, indudablemente, una parte de ellos son partidarios de una liberalización de las pautas familiares, raros son los que pueden abiertamente proporcionar una ayuda real a sus hermanas.

Aquí, el peso de las condiciones económicas sobre la organización de los contactos sociales es muy importante. Independientemente de la nacionalidad de los padres, las familias viven en una precariedad permanente. Sus recursos, que vienen en gran parte de las ayudas sociales y de pequeños trabajos de supervivencia, son escasos. El nivel de formación profesional de los hombres no les permite esperar encontrar una actividad suficientemente lucrativa para salir del gueto. Muchos de ellos, desilusionados, hallan en el fútbol, la lotería, la «televisión basura» o la religiosidad el consuelo de una vida privada de esperanza.

Pero esta situación no es aceptable en la adolescencia y las reacciones de los chicos de estos barrios, muy a menudo, se vuelven incontrolables.

Para todos, una parte importante de los datos son semejantes. Fracaso escolar, ausencia de futuro valorizado, paro juvenil masivo, a consecuencia adoración de las imágenes de gloria y de riqueza difundidas por la publicidad y la «tele realidad», depreciación del padre que vive en una pobreza y en una desvalorización social tan visible que no puede servir de imagen identificatoria, y por ello pierde toda forma de autoridad... los sueños de enriquecimiento súbito, de gloria deportiva o artística, de golpe de fortuna, de chiripa, de arranque de locura, sueldan pequeños grupos de iguales dispuestos a todo para salir de la pobreza. Una estrecha minoría tiene la suerte de triunfar, mediante la música o el deporte. Otra se resigna. Para el resto, numerosos, la pequeña delincuencia parece ofrecerse como un mal menor: negocios prohibidos, pequeños robos, pequeñas estafas... maneras últimas para algunos de tener el sentimiento de actuar sobre su destino y, a veces, de recobrar una forma de dignidad.

Sin embargo, en todos los barrios de exilio, una parte de esta población entra en un rechazo social que la conduce a denegar todas las formas de ciudadanía y a atacar todos los elementos de la vida colectiva presentes en su medioambiente: destrucción de las portales de los edificios, de los buzones, del mobiliario urbano, agresiones a personas, incendios de los coches de los vecinos, tan pobres como ellos, o de los del centro de la ciudad...⁷

Adepto «del todo represivo», promovido por la derecha dura y sostenido por la casi totalidad de la prensa (de la que es dueña), el gobierno francés actual se apoya en estas situaciones para desarrollar una política agresiva contra la pequeña delincuencia que le permite parcialmente ocultar sus objetivos políticos reales: la privatización de los servicios públicos⁸ y la desaparición de la legislación del trabajo, resultado de un siglo de luchas obreras. Con este programa, la situación de las poblaciones de los barrios guetos, mañana, será peor. Y la de las chicas también.

Para los chicos descendientes de las migraciones, además de estas deplorables condiciones comunes de vida, hay una otra cultura, todavía presente, donde a pesar de sus tentativas, no se pueden integrar. La sociedad y su escuela han sido incapaces de producir marcos que hubieran favorecido el afloramiento de una identidad de ajuste, el continuo columpiarse lleva a algunos hacia un doble rechazo donde unos elementos cristalizados de la cultura de los padres todavía sirven como últimos puntos de referencia. Entonces alegan el «honor del hombre musulmán» como única guía de comportamiento en sus relaciones con las chicas.

Ellas, primeras víctimas de esta situación, pagan los platos rotos. Las mozas de familias magrebíes y turcas son el objeto de una vigilancia permanente por parte de estos chicos: prohibición de las salidas fuera de los tiempos escolares sin un «motivo legítimo», prohibición de hablar con un chico no pariente, prohibición de permanecer, de fumar, de reír o de correr en la calle, imposición de un «traje decente», obligación de ejecutar las órdenes y de aceptar las bromas o los insultos sin contestar etc... Estas mozas, cuando su comportamiento es considerado como «inaceptable», y/o cuando su familia forma parte de un grupo desvalorizado (por el hecho de su gran pobreza, de su falta de sustento en el barrio, de su ausencia de padre...), corren los mismos riesgos que las chicas de las otras nacionalidades presentes en el barrio.

Ellas, sobre todo cuando su familia no puede oponerse físicamente a la violencia, son insultadas sistemáticamente. Saliendo de la escuela y llegando al barrio, son examinadas por estos chavales que se aburren en grupo al pie de los edificios. Si su traje, su actitud, su porte, no son satisfactorios, sufren sus ata-

⁷ Varios centenares cada año en la propia ciudad de Strasbourg, ciudad de tamaño medio (270.000 habitantes) sede del consejo de la Europa y del Parlamento Europeo.

⁸ Correo, seguros sociales, cajas de jubilación, escuela, universidad, empresas públicas de transporte y de reparto de las energías.

ques verbales. Las amenazas, las intimidaciones, los amedrentamientos, en caso de respuesta, pueden ejecutarse e ir desde «simples bofetadas» hasta verdaderas palizas. Los tocamientos sexuales y las violaciones colectivas pueden formar parte de este tratamiento. La prensa relata casos de homicidio

Una fracción marginal de estos chavales se vuelve sensible al discurso de los extremistas religiosos que intentan reclutar adeptos en los barrios guetos. Ofrecen un grupo de pertenencia sin pasado, por tanto sin fracaso, una salida probable del barrio, una organización dictatorial donde el único pensamiento se resume en creer, una violencia potencial valorizada y las armas para ejercerla. Un programa aceptable cuando uno no puede decir de donde viene ni adonde va.

EL PESO DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

En estas situaciones, cuando la cuestión de la conformidad se plantea de manera existencial para las chicas, el uso del pañuelo puede proponerse como una herramienta emblemática de afirmación identitaria. Tanto más, cuando la sociedad y la escuela francesas laicas, la cargan de una potencia simbólica mayor.

Más allá de los discursos convencionales de la prensa sensacionalista, que siempre oscila entre salir en defensa de la República y lloriquear sobre «la esclavitud de la mozas magrebíes», los problemas políticos, culturales, familiares y personales que plantea «la cuestión del pañuelo» son bien reales.

Políticamente, la laicidad de la sociedad francesa encuentra en su camino una Europa donde voces se alzan para inscribir, en la constitución común, una referencia a la divinidad local. Lo que aparece, para numerosos franceses, como un inaceptable regreso al oscurantismo, simbólicamente expulsado por la Revolución. En este aspecto, «el pañuelo» permite fácilmente la reafirmación, a escala internacional, de los compromisos franceses con la laicidad y, a escala nacional, la unidad del país con respecto a la ley de separación de las iglesias y del estado. Pero este asunto encuentra muchas dificultades para promover un debate sobre la situación real de los inmigrantes árabo-musulmanes. Especialmente porque debería tener en cuenta, de manera inevitable, la cuestión del desenvolvimiento de la pobreza enfrente al enriquecimiento sin límite de unos financieros. Este problema político no se trata de manera que salgan a la luz las estrechas relaciones entre las reacciones extremistas, delincuentes o religiosas, y las condiciones de vida de los grupos desfavorecidos.⁹ Hay que decir que la «prensa sometida» pertenece a estos financieros que aprovechan su posición de casi

⁹ Un artículo del periódico *Le Monde*, citando un informe de la «Dirección Central de la Información General» de la policía, indica que la mitad de los 630 barrios guetos seguidos por la policía, (1,8 misiones de habitantes), están en una situación de «repliegue comunitario».

monopolio para ocultar la lógica del sistema.¹⁰ Sin embargo, dentro del millón de niños que viven en Francia «bajo el umbral de pobreza», los descendientes de los inmigrantes norteafricanos y turcos son numerosos.

- *Por otra parte*, la posición «asimilacionista» de Francia no permite fácilmente la abertura de una discusión sobre el sitio de las culturas de los inmigrantes en el país, especialmente porque la confusión entre las dimensiones políticas, económicas, religiosas y de modos de vida, hoy parece insuperable. La situación catastrófica de los niños gitanos, manuches, y romas (franceses desde numerosas generaciones y todos más o menos de religión cristiana) en la escuela Francesa, expresa claramente la amplitud del problema. La cuestión de la interculturalidad permanece, hoy todavía, en la sociedad como en su escuela, extremadamente sensible.

- *En las familias tradicionalistas migrantes*, el uso del pañuelo se presenta como símbolo de conformidad de la chica a la cultura de origen. No obstante sería falso creer que la coacción familiar ejercida sobre ella para llevar el pañuelo en la esfera pública sea la regla. Existe en algunos casos indudablemente. Pero la rareza relativa de los problemas surgidos en la escuela (ciento cincuenta en Francia el año pasado, según la prensa política), muestra que, entre todas las causas mezcladas, estas situaciones familiares, globalmente, son marginales. Especialmente porque los padres, que en general se consideran en una situación de fragilidad social, rechazan la posibilidad de establecer un conflicto directo con la institución escolar.

- *Para la chica, individualmente*, la utilización del pañuelo es muy compleja. La obligación de usarlo puede venir tanto de la familia como de los vecinos de la comunidad. La presión de los chicos por ejemplo, puede ser tan fuerte que numerosas chicas aceptan utilizarlo para atravesar el barrio sin riesgo a ser insultadas, agredidas o violadas. Fuera del gueto, se quitan inmediatamente este objeto que, para ellas, representa el símbolo deshonoroso de su condición de «mujer sometida».

Sin embargo, entre las chicas procedentes de la migración, hay algunas que reivindican abiertamente la libertad de expresar públicamente sus pertenencias, y que utilizan el pañuelo como emblema de sus elecciones culturales y religiosas. Pero dentro de este grupo las motivaciones pueden ser muy diversas:

* Unas, las menos, tienen fe, esperan tenerla todavía mañana, y consideran su expresión pública como un objeto de reivindicación: el uso del pañuelo aquí traduce un proyecto de reconocimiento político de la religión. Sabemos que la posición de «laicidad tolerante» de Francia considera eso como un asunto personal; es decir que no debe expresarse en el espacio público de las instituciones ni introducirse en la esfera política. De hecho, la salida, hace un siglo, de la religión local fuera de la organización republicana y la posición general de la po-

¹⁰ En Francia algunas publicaciones de difusión nacional mantienen su independencia. Pero más del 80% de las otras pertenecen a tres financieros. Dos de ellos han construido su imperio en el dominio de la producción y de la venta de armas. En televisión, fuera del canal franco-alemán *Arte*, de auditorio limitado, las dos cadenas públicas se conforman a las orientaciones sensacionalistas y populistas de los canales privados.

blación con respecto a esta cuestión, hacen estas reivindicaciones, al juicio común, poco realistas.

* Otras, en mayor número, dicen utilizar el pañuelo para llamar la atención sobre el rechazo cultural (real) que sufren en la sociedad. Encontramos chicas que a la vez defienden el derecho de llevar el pañuelo (lo que desconcierta a las organizaciones feministas) y el derecho de no llevarlo. La problemática aquí parece ligada a la ausencia de política intercultural real y frente a ello la asimilación por las chicas del rechazo de la religión al rechazo de la cultura. Hemos dicho que estas cuestiones en Francia son muy sensibles pero veremos, con el trabajo de las mujeres en los barrios periféricos, que muchas organizaciones proponen formas de acción para promover la interculturalidad sin vincularse con las organizaciones religiosas.

* Para la gran mayoría, la elección voluntaria del pañuelo se presenta como una de las etapas momentáneas del complejo camino de la búsqueda identitaria: el de la fidelidad a la cultura familiar. Al hablar con ellas, siempre encontramos en sus relatos las interrogaciones existenciales que les han llevado, varias veces, desde una búsqueda de conformidad al modelo occidental hasta la elección de las pautas familiares. Describen dolorosamente sus tentativas de ajuste entre las coacciones contrarias, sus fracasos, y sus movimientos pendulares de una forma a otra.

* Podríamos añadir que, como en todas las poblaciones que viven sobre el suelo francés, las situaciones de dificultad psicológica grave existen entre las chicas procedentes de la inmigración. Aquí estos problemas no se pueden entender sin tener en cuenta las condiciones particulares de edificación de su identidad y ser tratados fuera de una «terapia intercultural». Como los chicos, a veces se encierran en un doble rechazo cultural que puede conducirlos hacia el extremismo religioso o hasta actitudes peligrosas para ellas mismas, (drogadicción, prostitución, pauperización total que les lleva a vivir en la calle), y en los casos extremos hasta el suicidio.

Hoy día Francia tiene una ley sobre «el uso ostensible de los signos religiosos en la escuela». Sin duda esta ley presenta ventajas ciertas, pero deja sin respuesta a las numerosas cuestiones planteadas a la sociedad francesa por la diversidad de las culturas que se codean en su seno. El ejemplo del debate público sobre la ley da la medida del problema.

Después de la adopción por el Parlamento, y antes de la publicación de los decretos de aplicación, algunas manifestaciones de descontento, organizadas por grupos musulmanes, han surcado las grandes ciudades francesas: un centenar de mujeres vestidas con la chilaba tradicional, cubiertas con el pañuelo, y a veces con el velo, seguidas por un grupo de hombres barbudos, reivindicaban la libertad de exponer su compromiso religioso en la esfera pública y, especialmente, en la escuela. Los periodistas estaban allí. A la cabeza del cortejo dos estudiantes, presentadas como musulmanas practicantes, justificaban su elección en nombre de la fe.

Durante dos semanas en toda la prensa sometida, tanto en los diarios y en las emisiones televisivas «de sociedad»¹¹ como en las revistas «peoples» (que relatan las hazañas de la «jet set»), las dos estudiantes, por un momento «famosas», pudieron explicitar cotidianamente la importancia de la fe en la vida personal y la necesidad absoluta del respeto de la moral religiosa. Un ditirambo de la posición de la mujer en la familia patriarcal. Además, para añadir un poco de «claridad» a la situación, los periodistas insistieron en el hecho de que estas personas eran hermanas, e hijas, de una «musulmana no practicante», abogada de una famosa ONG que lucha contra el racismo, y de un padre «¡de origen judío convertido al catolicismo!». Un ejemplo perfectamente típico de la situación de las chicas que se enfrentan al problema del pañuelo en los barrios guetos, y un elemento indispensable para el desarrollo del debate público sobre el sentido de la ley.

Fuera de la creencia en un complot mundial contra la razón, hay que constatar que el debate democrático sobre los problemas de sociedad complejos, y especialmente sobre la cuestión de la multi e interculturalidad, choca en Francia contra los intereses de las fuerzas políticas y económicas conservadoras. El director de la primera cadena de televisión francesa afirma que «Básicamente, el oficio de TF1,¹² es ayudar a la Coca-Cola, por ejemplo, a vender su producto. [...] Para que un mensaje de publicidad sea percibido, tiene que estar el cerebro del telespectador disponible. Nuestras emisiones tienen como vocación hacerlo disponible: es decir, divertirlo, relajarlo para prepararlo entre dos anuncios publicitarios. Lo que vendemos a la Coca-Cola, es un tiempo de cerebro humano disponible».¹³ Eso expresa claramente el nivel de participación al debate público esperado por este tipo de medio de comunicación. La propiedad de la prensa en manos de estos grupos es un peligro grave para la perennidad de la democracia.

Pero las esperanzas de asistir a una evolución de la situación son reales.

LAS FUERZAS DE CAMBIO

Las esperanzas actuales

A pesar de muchas dificultades, la evolución de las prácticas y de las mentalidades hoy abre la puerta a una participación más activa de las mujeres procedentes de las migraciones a la vida colectiva. Algunos elementos parecen importantes en este proceso:

11 Que, hoy en día, tratan más de los sucesos y de la vida cotidiana de los «artistas» de moda que de las cuestiones políticas.

12 TF1: canal de televisión propiedad de «Bouygues», (empresa de construcción), que tiene la mayor audiencia francesa.

13 *Les dirigeants face au changement*. París, Les Editions du Huitième Jour, 2004. Citado por *le Canard Enchaîné*, 14/7/2004.

- por una parte la aculturación, que hace que el contacto con la escuela y la sociedad francesas, paulatina pero hondamente, cambie la relación de las chicas con la sociedad de origen de los padres y permite la emergencia de nuevas formas de identidad de ajuste;
- por otra parte el compromiso de numerosas mujeres en acciones colectivas locales, que favorece una toma de conciencia política del conjunto de las mujeres;
- y en fin, las acciones públicas de reivindicación de las mujeres jóvenes y adultas, sostenidas por una gran parte de los movimientos feministas, que dan una visibilidad política a la condición todavía insoportable de las que viven en los barrios de exilio.

Escolarización y mentalidades

Los inmigrantes continúan llegando a la Francia de los años 2000. Ahora, fenómenos anteriormente muy poco conocidos salen a la luz y, de vez en cuando, focalizan la atención pública sobre situaciones que parecen salidas de otras épocas.

El contenido de una multitud de informes oficiales, el trabajo de numerosos investigadores y de algunos periodistas revelan la presencia sobre el suelo francés de una inmigración clandestina privada de casi todos los derechos comunes.¹⁴ El fenómeno de los «Sin papeles» se desarrolla en Europa produciendo una miseria profunda sin visibilidad sociológica real, pero donde la situación de las mujeres y de los niños siempre está descrita como dramática. Por otra parte, los movimientos de los Derechos Humanos revelan la existencia en Francia de «decenas de miles de esclavos modernos»¹⁵ que sufren la barbaridad cotidiana. Aquí las mujeres están muy presentes. La imagen típica es la de la chica llegada a Francia «en el equipaje» de una familia extranjera rica y que es «utilizada como un animal». Las informaciones que salen a la luz tienen en cuenta el salvajismo sin límite ejercitado contra ellas. La lucha por la igualdad de todos los seres humanos todavía es una cuestión de actualidad.

En comparación con estas situaciones extremas, por supuesto la de los inmigrantes «regulares» parece más aceptable.

A medida que los intercambios entre las chicas y la población circundante se desarrollan, el grueso de ellas va tomando conciencia de sus derechos. Eso se traduce por ejemplo en el hecho de que, ahora, numerosas mujeres procedentes de las migraciones árabo-musulmanas antiguas, rechazan la creación de *programas de integración específicos* en su favor, alegando que, como francesas, forman

14 Salvo los de salud y de escolarización de los jóvenes.

15 Thierry Parisot: «Sur la piste de l'esclavage moderne», in *Histoires d'immigration. Manières de voir* N° 62, *Le Monde Diplomatique*. Paris Mars / Avril 2002.

parte integrante de la sociedad y que por esta razón, con sus particularidades, ya están «integradas». En este sentido, solamente exigen para ellas el reconocimiento y la aplicación de los derechos comunes.

Por otra parte, el envejecimiento de los padres, la pérdida progresiva de su autoridad y a continuación el alejamiento de las pautas patriarcales, favorecen una evolución general de las mentalidades que beneficia a las chicas y mujeres de las clases sociales medianas y les permite acercarse rápidamente al modelo femenino francés. Hemos dicho que la situación de las que viven en los barrios de exilio es mucho más difícil y que frecuentemente sufren las imposiciones de las pautas tradicionales, tanto más duramente cuando globalmente están puestas en tela de juicio y van desapareciendo en el conjunto cultural de acogida. Pero en este último mundo, muchas mujeres no aceptan este estado de hecho y entran en la lucha para acceder a sus derechos fundamentales.

Las mujeres mediadoras

Hoy en día, en los barrios periféricos, ciertas mujeres se organizan para actuar sobre sus medios y modos de vida. La encuesta de Catherine Delacroix¹⁶ llevada a cabo en veinte «sitios desfavorecidos» saca a la luz la vitalidad de su acción. El proyecto común de los grupos que se constituyen, siempre se presenta como intercultural, es decir, de comunicación y de intercambios entre las culturas presentes. Según los lugares, estas organizaciones pueden adoptar formas más o menos diferentes, pero la estrategia a largo plazo siempre es establecer con las instituciones (escuela, Ayuntamiento, organismos de alquiler de alojamientos, servicios sociales y del Estado...) una colaboración que permita su participación en las orientaciones y decisiones que afectan a la vida del barrio.

Hemos participado durante varios años en la edificación de grupos de esta forma en diversos barrios del núcleo urbano que nos ocupa. Hay que decir que este trabajo siempre ha seguido los mismos caminos:

– al inicio, el encuentro entre el deseo de algunas mujeres de actuar frente a la degradación de las condiciones de vida y al sufrimiento de la infancia encerrada en un mundo de relegación social, y del anhelo de algunos trabajadoras/es sociales (y a veces de sus jefes), de organizar acciones de animación sociocultural y de prevención de la delincuencia a través de una re-valorización de las formas de solidaridad que permanecen vivas en el barrio; y en un segundo tiempo, la entrada en la realidad de la colaboración entre ellos.

Sin describir de nuevo lo que se puede leer en *La miseria del mundo*¹⁷ a propósito de las acciones colectivas en estos lugares, hay que repetir que, en una gran

16 Catherine Delacroix: «Mediatrices socio-culturelles, citoyennes inovantes», *Empan* N°22, Toulouse, 1996.

17 Pierre Bourdieu, (Bajo la dirección de), págs. 229/245 París, Seuil, 1993

parte de los casos, independientemente de la fe de algunas personas en la necesidad de estas acciones, las organizaciones administrativas y políticas, después de brillantes discursos sobre la ciudadanía, ven con ojos muy recelosos la participación de la población en la democracia directa. Y que, a despecho de su ayuda financiera públicamente exhibida, frecuentemente se oponen con el peso de sus poderes a un desenvolvimiento que podría conducir hacia un compromiso político claro en favor de los habitantes de los barrios de exilio. La situación difícil de la mayoría de los migrantes árabo-musulmanes hoy en Francia, como lo hemos dicho, no se entiende fuera de las orientaciones filosóficas de la sociedad de acogida. Podemos añadir: fuera de la realidad concreta de las acciones llevadas por los poderes públicos. Pues hay que constatar que, en Francia, estas acciones raramente reflejan el objetivo de favorecer la entrada de la descendencia de los inmigrantes en la ciudadanía común.

A pesar de ello, el trabajo de los grupitos de mujeres se desarrolla en los barrios guetos. Siempre basado al principio en la ayuda informal que proporcionan unas personas a sus vecinas próximas (traducción de los documentos administrativos, acompañamiento de las madres al encuentro con los profesores o con los organismos de alquiler de alojamientos...), refleja las dificultades cotidianas que sufren los habitantes del barrio. Pero la participación de las trabajadoras/es sociales y la organización progresiva del grupo que resulta, llevan a las «militantes» a implicarse en cuestiones más generales que necesitan una colaboración con las instituciones: problemas de la inserción de la infancia en la escuela, de la formación profesional, del paro masivo de la juventud, de la inadecuación o de la ausencia de actividades de animación sociocultural en el barrio, de las relaciones entre la policía y los jóvenes, del mantenimiento y de la rehabilitación de los edificios, etc... Finalmente esta presencia de los grupos próximos a los lugares de reflexión y de decisión, conducen a los poderes políticos a buscar con ellos terrenos de acuerdo.

A partir de ahí, especialmente porque las asociaciones que se constituyen tienden a coger al pie de la letra las nociones de libertad, igualdad, fraternidad que ornan el frontón de las alcaldías y no aceptan fácilmente someterse a la idea muy difundida de que estas palabras son generales, utópicas y sin un proyecto real de efecto sobre la realidad vivida... las cosas se complican. Todavía más cuando la mayoría de los habitantes del barrio no tienen el derecho a votar o no lo ejercen a falta de ver la necesidad o de encontrar un grupo político que actúe contra las causas de su relegación. Al contrario de los grupos de influencia (estanqueros o cirujanos), que hoy obtienen satisfacción en todas sus reivindicaciones, estas poblaciones, tanto con los gobiernos de derecha como con los de «izquierda», muy a menudo reciben ayudas simbólicas que poco cambian las condiciones fundamentales de su exclusión social.

A consecuencia, la posición de mediadoras de estas mujeres a veces se vuelve incómoda. Situadas sobre la frontera entre dos mundos, su acción de media-

ción encuentra a la vez la oposición larvada de las instituciones y el recelo de una parte de los habitantes del barrio que constatan la escasez de los efectos de la acción colectiva a corto plazo.

Sin embargo, estos movimientos se desarrollan y, poquito a poco, participan en la toma de conciencia política de los grupos relegados.

«Ni putas ni sometidas»

Las acciones públicas de las mujeres hoy aparecen como las formas visibles de este trabajo de fondo.

Tenemos el caso de Loubna Meliane, marroquí de origen, que ha vivido en Francia en una familia tradicional y ha conocido la condición femenina que hemos descrito anteriormente. La casaron a la fuerza cuando tenía diecinueve años. Después de pertenecer a diversas organizaciones colectivas (sindicato de estudiantes y grupo de lucha contra el racismo), desde hace poco tiempo, representa entre un grupo de mujeres, la cabeza del movimiento de protesta «Ni putas ni sometidas». Este movimiento, en los meses pasados, ha organizado diversas manifestaciones públicas para denunciar la situación de las mujeres en las familias tradicionalistas y, especialmente, sus condiciones de vida en los barrios guetos. Las marchas de protesta que desfilan en las grandes ciudades atraen a la prensa y dan de las mujeres procedentes de las migraciones árabo-musulmanas una imagen dinámica que se opone a la de «víctimas impotentes» muchas veces puesta por delante. Además estas mujeres organizan debates públicos en los barrios guetos e invitan a los hombres y a los chicos a discutir con ellas sobre la legitimidad de sus reivindicaciones. En un canal de radio, famoso entre la juventud, producen emisiones cuyo objetivo es charlar con los descendientes de los inmigrantes, y con los otros, de todos los problemas que encuentran en su vida cotidiana y que hemos evocado aquí.

A pesar de las numerosas críticas dirigidas contra el movimiento, especialmente porque corre el riesgo de ser aprovechado por la prensa sensacionalista y los grupos políticos, sin embargo esta forma de acción parece absolutamente necesaria como complemento del trabajo de fondo que las mujeres desarrollan dentro de los barrios guetos. Aunque las mujeres procedentes de estos lugares de exilio estén poco presentes en la calle, la presencia mediática del movimiento permite a las chicas que sufren la ley patriarcal constatar que no están aisladas y que pueden empezar a hablar de lo que, no hace mucho tiempo, les parecía inconfesable: la vergüenza ligada a la feminidad en los contextos tradicionales, el sufrimiento de ser consideradas dentro de su propia familia como parientes de segunda fila, la ambivalencia del amor maternal, la humillación de la sumisión y, lo peor de todo, su aceptación...

Además, esta «palabra reencontrada» favorece la emergencia de interrogaciones con respecto a la igualdad entre los géneros, lo cual lleva a las reivindicaciones sobre el derecho y la ciudadanía que, a su vez, abre la puerta a la toma de conciencia política.

En fin, estas formas de contestación muestran que la posición de «víctima» siempre encierra a la persona y que la única manera de salir de la barbaridad es la lucha, personal y colectiva, por la democracia.

Cierto, la denuncia de las violencias sexistas sobre las mujeres inmigrantes puede ocultar el hecho de que otras mujeres, de todas las nacionalidades, sufren violencias conyugales. Indudablemente, insistir sobre la violencia de los chicos procedentes de la inmigración árabo-musulmana puede ocultar el hecho de que en las mismas condiciones sociales, los chicos «franceses de origen» también producen múltiples comportamientos de violencia. Claro que insistir sobre las condiciones socio-económicas frecuentemente deplorables de las mujeres procedentes de las inmigraciones, puede ocultar el hecho de que el ochenta por ciento de los «trabajadores pobres» en Francia, incluidas todas las nacionalidades, son mujeres.¹⁸ Naturalmente, la focalización sobre los problemas de los inmigrantes puede favorecer el racismo y, a continuación, el «retroceso comunitario».

Pero no se trata, en los movimientos de mujeres, de olvidar el resto del mundo para ponerse como víctimas expiatorias de todos los disfuncionamientos actuales de la democracia. Al contrario, se trata de entrar en un combate para la igualdad de todos en el respeto de los valores comunes y la aceptación de la diversidad. Dentro de los grupos con los cuales hemos trabajado, siempre estuvieron presentes los valores de la democracia y un proyecto claro de intercambios interculturales.

Sin embargo, a pesar de estos elementos positivos, no se puede olvidar que las instituciones francesas podrían jugar un rol mucho más determinante en el apoyo de la democracia y de la interculturalidad. Y que en el futuro esta función debería ser su papel esencial. Pero la situación actual parece poco favorable al éxito rápido de este desafío.

El porvenir: democracia e interculturalidad

El porvenir de la sociedad francesa está, por supuesto, ampliamente ligado al del conjunto planetario. Los ejes del desarrollo económico actuales implican una interdependencia de todos los países que favorece la generalización de una nueva «ley de la selva». Pero los movimientos de lucha se organizan y, a despecho de numerosas dificultades, resisten al advenimiento de la dictadura. Este

¹⁸ Informe sobre la paridad, INSEE, París, 2003.

movimiento de oposición, apoyándose en las experiencias de solidaridad y de democracia directa, que se desarrollan en numerosos países, ofrecen una vía de salida de la mercantilización del mundo que «las elites» intentan presentarnos como ineluctable. Las evoluciones futuras tendrán que organizar el progreso incluyendo una orientación de la escuela hacia sus fundamentos democráticos, es decir, hacia los valores de solidaridad. En esta evolución, la dimensión intercultural de la educación tendrá que tener un sitio central. El sentimiento de pertenencia a una humanidad común, que se expresa a través de una infinidad de culturas y de modos de vida, continúa siendo el elemento fundamental del respeto a la vida.

La igualdad entre los géneros no se puede imaginar fuera de la igualdad entre los humanos. En este sentido la lucha de las mujeres por la igualdad, incluso en sus formas más específicas frente al poder masculino, es la lucha de todos los seres humanos.